

ha sido cuestionada por las ciencias sociales y la filosofía.

Por otra parte, no obstante que en nuestro país hay una larga tradición de historia de las ideas, particularmente bajo la forma de historia de la historiografía, ha sido sumamente desigual el estudio de las distintas corrientes políticas, filosóficas y estéticas, de tal manera que sabemos mucho del liberalismo, pero poco del pensamiento conservador o del socialista. Conocemos bien el positivismo, a la vez que ignoramos la recepción de las distintas metafísicas. Carecemos de una historia de las escuelas literarias y no hemos reunido aún la obra de autores importantes que no llegaron a ser canónicos. Entonces cabría preguntarse si el problema reside únicamente en el enfoque, o si hay otros obstáculos que impiden avanzar en la línea del contextualismo de Skinner y Pocock. ¿No nos faltará todavía un poco de texto? Ésta y otras preguntas más pertinentes sugieren la lectura de la introducción de *Construcción de las identidades latinoamericanas*, por lo que debemos agradecer a sus autores haber desbrozado el terreno para reflexionar sobre estas materias.

Carlos Illades
UAM-IZTAPALAPA

Guadalupe Rodríguez de Ita, *La participación política en la primavera guatemalteca. Una aproximación a la historia de los partidos durante el periodo 1944-1954*, Facultad de Humanidades-Universidad Autónoma del Estado de México/CCyDEL-UNAM, México, 2003.

¿Por qué estudiar lo ocurrido en Guatemala en el periodo 1944-1954? ¿Por qué

estudiar la experiencia política de Guatemala? El estudio de Guatemala, en el contexto de la literatura científico-social que se produjo al amparo de la teoría de la modernización y de la dependencia, es obligado, ya que representa un caso típico para ilustrar las relaciones explícitas entre las estructuras del atraso y las del autoritarismo, como formas clásicas que servían para explicar el subdesarrollo político de ese país. En éste, de acuerdo con los estudios que se hicieron aplicando las mencionadas teorías, las expresiones políticas del atraso y/o la dependencia, se identificaron con diversas formas de tiranía, de autoritarismo.

Otra explicación, ahora para comprender por qué no se estudiaron en México los fenómenos políticos de Guatemala, se debe a la idiosincrasia del mexicano, parecida a la de los habitantes de Pedrones: según Jorge Ibarguengoitia, en una de sus afamadas novelas, la gente de Cuévano decía de sus vecinos de Pedrones que éstos confundían lo grandote con lo grandioso, mientras que al hablar de sí mismos decían que era preferible ser de ciudad chica y no de pueblo grande. La analogía entre el vecino grande y el vecino pequeño, entre el vecino poderoso y el vecino débil, caló también en el medio académico que, en ocasiones, se guió más por la importancia del escenario que por lo trascendente del fenómeno que se iba a analizar.

En el caso del libro que se reseña, en nuestro medio, a pocos estudiosos se les escapa la importancia de estudiar lo que significó el establecimiento de la democracia en un país con tradición autoritaria y la forma brutal como se interrumpió el proceso democratizador. El interés en el caso guatemalteco es doble porque, primero, se trata de la primera lucha popular

por establecer un gobierno verdaderamente representativo y, segundo, por cómo afectó el contexto internacional, hostil a los gobiernos que pretendían alcanzar la autonomía mediante mecanismos democráticos. A dicha transición le fue negada la posibilidad de profundizar su proyecto mediante un golpe militar organizado desde el exterior, como ahora ha quedado demostrado, sin lugar a dudas ni a interpretaciones, en el texto de Nick Cullater, *PBSUCCESS. La operación encubierta de la CIA en Guatemala 1952-1954*.

Otra razón que puede explicar en parte el descuido de los académicos mexicanos sobre lo que ocurre en Guatemala es que, en el imaginario de éstos, priva la idea de atribuir a Estados Unidos la función de representar hoy lo que México será mañana, mientras que Guatemala, para este mismo imaginario, cumple la función de mostrar lo que fue el ayer de nuestro país. No hay tal; nuestros dos vecinos representan nuestra contemporaneidad y lo complejo que resulta comprenderla.

El libro pone en evidencia la necesidad de que, desde México, se deje de pensar que la única vecindad importante corresponde a Estados Unidos. Por el contrario, los estudios sobre Guatemala pueden explicar varios de los problemas que agobian a nuestro país. Me explico; en el notable proyecto Los Periodos de Transición Desde la Dominación Autoritaria, Perspectivas para la Democracia en América Latina y Europa Meridional, auspiciado por el Programa Latinoamericano del Centro Internacional Woodrow Wilson de Investigaciones entre los años 1979 y 1981, cuyos resultados fueron publicados en los años noventa con el bien conocido título de *Transiciones desde un gobierno autoritario*,

en su tomo 2, correspondiente a América Latina, sólo se abordaron los casos Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, México, Perú, Uruguay y Venezuela. En este volumen no se trataron ni como referencia los procesos anteriores a la actual ola de democratización, que tan popular hizo Huntington. (Tal vez, la actitud de éste se explique por su intención de olvidar su anterior entusiasmo por los regímenes burocráticos autoritarios a los que tantos servicios prestó). En el texto de las *Transiciones*, se habló de las posibilidades de transición, pero la experiencia concreta de la que ocurrió en Guatemala entre 1944 y 1954 fue dejada de lado. ¿Cómo, se pregunta el estudioso, un antecedente tan notable pudo dejarse de lado? ¿Cómo el interés de los científicos sociales pudo dejar de advertir, por no decir, omitir, lo ocurrido en el laboratorio social que representó Guatemala durante esos años?

Preguntas sin respuesta, pero cuyo silencio habla elocuentemente de intereses y modas académicas, así como de silencios cómplices con los responsables de truncar violentamente la transición democrática guatemalteca. Este proceso, de acuerdo con el análisis realizado por la doctora Rodríguez de Ita, plantea como uno de los grandes problemas teórico-prácticos que resolver cómo, desde una matriz autoritaria, se puede construir una estructura democrática o, mejor dicho, cómo la estructura democrática, nueva desde la raíz, desplaza el edificio del antiguo régimen autoritario.

En tal contexto —afirma la autora en la página 39 de su libro— los gobiernos revolucionarios fomentaron un proceso de modernización con el que pretendieron dejar atrás una sociedad premoderna y hasta señorial

que se caracterizó, en lo general, por estar basada en una economía agroexportadora favorable a los intereses de reducidos grupos locales y extranjeros, por tener un alto grado de polarización social con un fuerte contenido étnico cultural y por ser gobernada por hombres fuertes que ejercieron el poder de manera autoritaria y dictatorial limitando en gran medida las libertades individuales, entre ellas las de expresión, asociación y elección (representación), lo que obstaculizó el funcionamiento de partidos políticos.

Comentario, en mi opinión, sin desperdicio, porque muestra que en el caso de Guatemala, como en el de los países de América Latina, la democracia es un nudo de conflictos en el que los problemas de los organismos de representación política están atados a los económicos de la estructura del atraso y, unos y otros, están unidos a los sociales, que involucran a grupos nacionales y extranjeros, lo mismo que a un complejo fenómeno de colonialismo interno que los países con fuerte componente indígena, como México, no atinan a resolver todavía el día de hoy.

El pueblo guatemalteco tenía puestas todas sus esperanzas en la democracia; esperaba desde la solución del conflicto entre los derechos individuales, es decir, de propiedad privada y representación política, hasta la protección de los derechos sociales que ponen énfasis en la protección que debe el Estado a los millones de desprotegidos. De la democracia se esperó que diera fin al atraso y levantara los cimientos de la industrialización; de la democracia se esperó, asimismo, que resolviera el conflicto social entre el capital y el trabajo, así como el étnico entre la población ladina, mestiza, y la población indígena. Tantas expectativas, sin embargo,

requerían modificar lo que la derecha llama pomposamente el Estado de derecho, es decir, la estructura jurídica que mantiene el privilegio.

En los distintos capítulos que componen esta interesante obra se da cuenta de estos cambios y de cómo fueron interpretados, la expresión correcta sería deformados, por los intereses locales y por los intereses del capital internacional.

La intención de esta reseña es poner de relieve que el texto, el análisis de los problemas que aborda, se aparta de los esquemas dominantes durante la guerra fría, así como de sus interpretaciones de lucha global. En tan lamentable etapa, la democracia fue atacada por las dos ideologías que se disputaban la hegemonía global; una de esas ideologías la denunciaba como un engaño, reformista, de la burguesía para adormecer las inquietudes populares, mientras la otra la señalaba como una mascarada de aquellos que querían ocultar sus simpatías por el comunismo. Ni en un campo de la historiografía, ni en otro, se intentó ponderar, de forma objetiva, el esfuerzo realizado por todo un pueblo en su lucha por modificar viejas formas de dominación y establecer un sistema político en el que la participación y la representación, no la exclusión y la violencia, fueran los elementos sustantivos para la solución del agudo conflicto social que se vivía en Guatemala.

A manera de comentario final, quiero señalar que, si como reza la canción, "el tango como el bolero mienten por igual", 20 años es nada, los 60 que nos separan hoy de los sucesos analizados demuestran, por el contrario, lo importante que fue esa década, a la que el tópico define como una primavera que duró diez años. Por cierto, poco se ha advertido la notable

contradicción entre los títulos que a ella se refieren. Varios libros hablan de la primavera y otros tantos de revolución. Hoy, el texto de Guadalupe Rodríguez hace hincapié nuevamente en la primavera para describir lo ocurrido en esa etapa. ¿A quién creer? Tal vez la respuesta esté en las palabras de Luis Cardoza y Aragón que habló de los diez años de primavera en el país de la eterna tiranía. Si la primavera es la estación que sucede al invierno, la metáfora alude más a la democracia que a la revolución como al estadio histórico que debía sustituir la eterna dictadura.

La finalidad de reseñar un texto es la de invitar a la lectura, no la de sustituirla; es un acto de provocación para que el lector potencial sienta que se está perdiendo de un elemento que le ayudará a conformar su visión del mundo. En este contexto, el libro de la doctora Rodríguez

muestra que el esfuerzo de democratizar las sociedades autoritarias no tiene nada que ver con las modas académicas del vecino país del norte y de la comunidad atlántica; tampoco tiene que ver con la misión estadounidense de expandir su visión de la democracia, así sea con el sacrificio de miles de inocentes de tierras lejanas, pero petroleras, y sí con el esfuerzo silente y tenaz de un pueblo vecino que, como el nuestro, lucha por sacudirse viejas formas de dominación. El aprender de ellos, con ellos, de sus experiencias, es una tarea que los mexicanos de hoy debemos realizar, como una forma de identidad basada en problemas y alternativas comunes que van más allá de huecos y discursos inútiles sobre el pasado común de nuestros países.

Ignacio Sosa Álvarez
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM